El diario.

Ana Elías Valquero

Image not found.

Capítulo 1

1 de Marzo, 2018.

Vaya vaya vaya... jueves por la noche... una casa absolutamente sola, un primer capítulo por empezar, y cinco galletas en un plato en el que ahora, ya falta una.... (esto promete)

Si fuera por comienzos comenzaría por una presentación, pero deciros que me llamo Elías y que tengo más años que facebook pero menos que Messenger me parece demasiado monótono, (rompamos la monotonía por favor) empezaremos entonces con algo totalmente diferente, con una de las preguntas que incluso yo misma me hago día a día;

Y... la escritura, ¿por qué?

Que no os engañe; la pregunta es corta, pero la respuesta tiene más kilómetros que el columpio de Heidi.

Siempre he tenido la certeza de que cada una de las personas que pisan este mundo a diario han nacido con un don especial, un talento o una forma de ser que de alguna forma ha cambiado sus vidas por completo, pues bien, mi "don" natural siempre ha marcado mi vida, desde que aprendí a sostener un lápiz, pasando por la primera vez que pasé una historia a ordenador, y llegando hasta este preciso momento.

Supongo que tengo un don para las historias... no, no lo supongo; de hecho lo afirmo. Ni siquiera sé decir con exactitud cuándo empecé a usarlo, pero lo que sí sé es que las hubiera escrito o no, las historias siempre rondaron mi cabeza, siempre había un detalle más, una palabra, un personaje y una escena. Hasta que un día al fin, me atreví a escribir una de ellas. No era mucho, apenas algunos folios, pero para mí era un gran paso. Jamás olvidare el nombre que le puse a esos escasos veinte folios: "El caballito de mar"

Era una tontería, un cuento para niños pequeños... Recuerdo que por ese entonces yo tenía unos once años, mi infancia siempre había destacado por mis continuas visitas al hospital y aquella vez no era distinta; ya llevaba varios días instalada en una habitación, mi día entero era planificado por los médicos y como tampoco sabía si iba a volver a la escuela pronto o no, no tenía nada que hacer. Mis mañanas tardes y noches se resumían en recibir varias visitas del médico entre comida y comida, rezar por que el maldito antibiótico terminara y quedarme tendida

en una cama la mayor parte del tiempo.

Pero una mañana ocurrió algo diferente, creo que nunca sabré si mis padres llegaron a hablar con los médicos o no, pero un día, un enfermero llamó a la puerta y me propuso salir de la habitación hasta la hora del almuerzo, para airearme un rato, a mí sinceramente cualquier plan que conllevase salir de la habitación me llenaba de alegría, de modo que sin pensarlo dije que sí. Y después de caminar por varios pasillos, (cuyo olor puedo asegurar que jamás abandonará mi cabeza) llegamos a una sala enorme con varios ordenadores, un área para dibujar y algunos juguetes para niños más pequeños. La pregunta entonces surcó el aire, y no me hizo falta recapacitar para contestar:

- *¿Te gusta escribir?*

- *Siempre.*

Han pasado ya varios años desde aquello, y aún lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer mismo, lo que no sé es si al final alguien llegó a leer aquel cuento, supongo que sí, pero tampoco me importa demasiado; la copia original la tengo guardada como un tesoro, y se quedará en mi corazón como el principio de mi pasión más grande, la primera distancia recorrida en la vida de todas mis historias.

Preciosuras, tenemos un problema; solo queda media galleta (:v) Debería ir a por provisiones, pero la cocina está demasiado lejos y no hay ganas de levantarse de la silla, así que, bueno, antes de irme, os dejo por aquí un consejillo que os puede venir muy bien si necesitáis ayuda para empezar o retomar una historia:

Cuando queráis sumergiros completamente en una trama; tu bebida favorita, provisiones (vamos algo para jamar :v) unos cascos, y tu canción favorita. La bebida y la comida te ayudan a mantener a tu cerebro funcionando, los cascos te aíslan del resto del mundo, y la música... la música es lo mejor que hay, es el chute perfecto; es sano, no es ilegal (importante) y a la hora de imaginarte el desarrollo de una escena funciona de maravilla.

Capítulo 2

2 de Marzo, 2018.

Estoy hundiéndome en un mar de frases y no puedo ni siquiera nadar hasta la superficie para coger aire, ¿qué es lo que me pasa...?

A veces nos cuesta centrarnos en un tema en específico cuando una lluvia de inspiración cae sobre nosotros, si soy sincera en estas circunstancias, y sólo en estas, prefiero mil veces salir a la calle sin paraguas que ahogarme en todas las miles y miles de gotas de palabras que me podrían y que de hecho me caen encima. A esto que nos suele pasar a aquellas personas que nos dedicamos a la escritura, la pintura o cualquier arte, yo, personalmente, lo llamo; *"Saturación Creativa"*

Dicho de otro modo.

¿Nunca os habéis quejado o preocupado por que la inspiración desaparece, y parece no regresar nunca? bueno, pues esto es lo que pasa por quejarnos tanto. Me lo tomo a broma realmente, pero puede llegar a suceder algo muy serio si no sabemos como solucionar este **GRAVÍSIMO** problema. Podemos llegar a sufrir una sobre carga de ideas, lo que puede conllevar a que, sin querer o apenas darnos cuenta, derrochemos muchas ideas que podrían llegar a ser muy buenas para una trama, una escena e incluso un personaje.

Personalmente yo me he visto envuelta por este tipo de *"sobre cargas"* muchas veces, y ya os digo que es muy frustrante saber que tienes miles de ideas pero que por no saber controlar el ritmo al que se te ocurren, te estas perdiendo la mitad. Por ello he desarrollado una solución revolucionaria, *(sí claro, revolucionaria no porque yo la haya inventado, si no porque la pereza me invade, y no tengo muchas ganas de averiguar si esto se le ha ocurrido a alguien más, los artistas es lo que tenemos; nos apasiona lo que hacemos pero algún fallo debíamos tener)* en cualquier caso, si resulta que os sirve esta idea mía, tranquilos, no tiene derechos de autor, utilizadla cada vez que lo necesitéis ;)

Volvamos a ese pensamiento del principio, hablaré sobre lo que yo hago en este caso; esa comparación de la tormenta que sufre mi cabeza y la que empapa el exterior, no sé vosotros, pero hay veces en las que por muchos *"peros"* que existan, me dan ganas de hacer lo que mi corazón me pide que haga. Diluvia, mi barrio se ha convertido en una copia

perfecta del río Ebro, pero sinceramente, no me importa. Necesito aire fresco y ya no solo yo, cada una de mis neuronas me lo piden, y mi única arma para ayudarme a aclararme completamente es una libreta y un bolígrafo. Me levanto de mi escritorio, abro la puerta con cuidado y observo el oscuro pasillo que aparece frente a mí y pienso, *"ahora no, terror a la oscuridad, ahora sí que no."* Bajo las escaleras rápidamente, pero sigilosa cual gato en un tejado, y de un momento a otro, tras el último escalón la puerta principal se alza obstaculizando mi paso. Girando la muñeca tres o quizás cuatro veces esa cerradura consigue abrirse, no me importa dejar las llaves puestas; no me iré a ninguna parte. Está todo preparado, bueno, casi todo, solo falta... un muy pequeño detalle... o más bien, un par de ellos; con mis zapatillas ahora a mi lado y mis pies descalzos pudiendo sentir la frescura de ese suelo oscurecido por la humedad y el paso del tiempo, puedo por fin trabajar en una paz completa.

Admiro desde mi asiento en el escalón de la entrada la enorme y hermosa luna que resplandece sobre mí, me saluda con sus frías aunque suaves luces. Es el momento perfecto. Es el lugar perfecto. Cierro los ojos, inspiro profundamente y coloco mi espalda derecha, relajo mi mandíbula, hombros hacia atrás, pecho hacia delante, mirada al frente, absolutamente todo mi alrededor en silencio; centro mis pensamientos en un sola cosa, despejo mi mente, *(vamos Elías, vamos, ¡tú puedes!)* La lluvia, ella es la única a la que permito que se cuele en mis oídos su tintineo, en mis fosas nasales su olor a hojas verdes y tierra recién regada, y en mi cabeza su imagen; una gota de lluvia clara, limpia, cristalina y pura. Me centro solo en una de ellas, en una entre millones y millones, y la persigo, la persigo desde el comienzo de su caída hasta llegar a su meta; mis pies. Continúo observándola sin mover mis párpados; no me es necesario verla para contemplarla. Choca con mi piel, se esparce sobre esta, y el frío cálido me recorre, baña mis poros, se desliza con delicadeza hasta llegar al verdadero suelo de azulejos ennegrecidos por la humedad. Abro mis ojos, sonrío, solo es una mueca, un simple mueca, pero sonrío.

Abro la libreta, destapo el bolígrafo, y empiezo a escribir, da igual lo que sea que escriba; estoy escribiendo. Empiezo en orden, no voy por tamaño, no se trata de elegir la idea más grande, ni la mejor, ni la más mala, no existen las malas ideas, no se trata de elegir. Sólo es escribir. Sólo se trata de escribir, una idea tras otra, tras otra, tras otra... hasta que al fin mi mano se detiene. No se trata de controlar el tiempo, el tiempo no hay que controlarlo, hay que aprovecharlo...

Cuando mi mano se detiene, el océano que inunda mi cabeza al fin está en calma, la única tormenta que escucho ahora no es la que ahogaba mi mente, si no la que moja mis pies.

Confiad en lo que os digo; a la hora de desempeñar, no pretendáis abrumaros con demasiados planes, con demasiadas tareas, o con infinitas maneras de seguir el cuadro de una historia, o la historia de un cuadro, repartid la nube de la fuerte tormenta en nubes más blancas y más pequeñas, de este modo, conseguiréis disiparla más rápido y mejor.